



25 años de Moon Safari en el Sónar

Moon Safari (AIR, 1998)

Es viernes, 14 de junio de 2024. Estoy en el festival Sónar de Barcelona. Son las 22 horas. Puntualmente, como si se tratara de una máquina del tiempo, en una cápsula rectangular, vestidos para la ocasión, de rigurosa etiqueta y elegante blanco, aparecen en escena Nicolas Godin y Jean-Benoit Dunckel con sus guitarras, bajos eléctricos, teclados Rhodes, vocoders, mellotrones, sintetizadores Moog y un baterista. Ellos son AIR (siglas de amour, imagination, reve), un dúo francés, natural de Versailles, que debutó en 1998 con el disco Moon Safari. Es considerado a fecha de hoy un clásico del french touch, subgénero de la música electrónica que surgió en los años 90, caracterizado por una mezcla de house, disco, funk y sonidos analógicos, unida por una sensibilidad melódica-romántica. Hoy estoy aquí, única y exclusivamente, para escuchar la interpretación de este disco icónico, íntegramente y sin interrupciones. Quiero revivir sensaciones oníricas de estética cinematográfica, rematándome suavemente con su inclusión de sintetizadores analógicos y su atmósfera vintage-futurista.

Veinticinco años después, el viaje lunar despega hipnóticamente a través de una suave, teclada y sintetizada canción instrumental con notas de un bajo eléctrico Fender Jazz Bass. Suena "La femme d'argent", nostálgica y retrofuturista, me desplaza a mi yo de 20 años en el coche de David Bateman. Ese espacio en el que recibí mi educación musical superior. Jamás se escuchó un cedé pirata o un mixtape; todos los cedés que sonaban allí eran comprados en formato original y se escuchaban de forma ordenada, de inicio a fin. En



octubre del año 2000, todos los de la troupe fuimos a ver la película de apertura del Festival Internacional de Cinema Fantàstic de Sitges: American Psycho. Descubrimos al alter ego de David, a partir de entonces su apellido sería Bateman. Además de ser un chico culto musicalmente hablando, también era "beau comme un Dieu", como se dice en la canción "Sexy boy". Cuando sonaba el estribillo, generando un ritmo robótico y sensual que está procesado con vocoder, este me llevaba al deseo y a la fascinación en gravedad 0.

En el primer interludio, la pista 3, "All I need", incluye la inolvidable voz de Beth Hirsh, la americana que por aquel entonces vivía en París y era vecina del dúo francés. En el coche de David Bateman, en el camino de vuelta a casa, después de celebrar la vida como si el amanecer no fuera suficiente, siempre tenía que sonar algo suavemente perfecto, con un toque emocional. Era una melodía para adentrarse en la cama, como si fuera una canción de cuna para corazones a la deriva. Con el susurro de Beth y su "ah ooh aye", llegabas a la atmósfera del sueño. Despierto con la melodía sencilla tipo chiptune de "Kelly watch the stars", una crítica sutil al escapismo mediático de la cultura pop.

Me detengo en "Talisman", un fragmento instrumental lleno de mensaje apenas comprendido. Reúne misterio y sensualidad a base de piano clásico con delays ambientales, creando un ambiente cinematográfico. De hecho, en el currículum de AIR, además de sus cinco álbumes, está la composición de dos bandas sonoras. Una de ellas, Las vírgenes suicidas, fue para la directora Sofia Coppola, de entre cuyos talentos resalta la selección de canciones para sus películas. AIR volvió a aparecer en Lost in translation y Somewhere.

Después del tercer acto, tras un recuerdo de la humanidad desde una inteligencia sintética ("Remember"), llega el segundo interludio, la intimidad



flotante del amor suspendido entre satélites: "You make it easy", de nuevo, con la voz de Beth Hirsch. En este escenario del 2024, "Ce matin-là", otra canción instrumental con textura natural de pop barroco, me conecta a la esperanza mediante ese sutil sonido de armónica sintetizada y otros instrumentos de viento. Recuerdo algunas mañanas de esos veranos noventeros, el despertar en otro cuerpo, con otra piel, con los puntos suspensivos de la noche anterior. A continuación hallamos el polo opuesto al tema anterior: "New star in the sky" abre el epílogo del álbum y anuncia que en breve vas a salir del limbo de 43 minutos de escucha del Moon Safari. El outro se materializa con "Le voyage de Pénélope". Esta pieza no cuenta su historia, la sugiere, la respira, la deja en suspenso, como un perfume cósmico infinito. Este disco permanece en una burbuja atemporal, viajará 25 años más, sin mapa y frecuentemente, dejando en sus fragmentos finales una despedida melancólica, aunque con un eterno retorno. Porque no se trata tan solo de volver a casa, se trata de descubrir que tú mismo eres hogar y que la soledad también puede ser bella escuchando música.

Crítica elaborada por Eva María Cristina de la **Biblioteca Santiago Rusiñol (Sitges)** en el marco del proyecto Va de música.